

Los dueños de la historia

Andrea Ferrari

Veo que ya están aquí. Se suponía que cuando ustedes llegaran este cuento debía haber estado terminado, pero las cosas se atrasaron un poco. En cualquier caso, está definido el personaje y eso ya es bastante: se trata de un chico capaz de volar. Suele decirse que si uno tiene un buen personaje basta escucharlo para desarrollar el argumento. Digamos entonces que se llama Federico, que tiene doce años y que vive en Buenos Aires. Y que vuela.

Ya sé lo que piensan, que otra vez vendrá un cuento con brujos que vuelan sobre escobas. O uno de superhéroes con capa. Pero no, nada de eso. Éste es un chico común y corriente, que un buen día descubre que puede volar.

—Y lo descubro escalando la montaña más alta de la cordillera.

No, en absoluto. Ya ven que es un personaje muy audaz, pero esta historia no es así. Lo descubre mientras intenta encestar una pelota en un aro muy alto. El aro está en su terraza, agarrado a la pared, y él viene de errar cuatro tiros seguidos. Está enojado consigo mismo porque odia ser tan malo para los deportes. Entonces salta con mucha fuerza y esta vez sí emboca la pelota. Pero de pronto nota que sus pies están en el aire, como si tal cosa. Se pega el susto de su vida y cae sentado. Cuando logra que el corazón le vuelva a su sitio y la respiración recupere su ritmo normal, de-

cide intentarlo otra vez. Da un salto, se proyecta hacia delante y extiende los brazos (él al principio cree que debe imitar a los que usan capa, pero enseguida se da cuenta de que sólo se vuela así en el cine). Aprende rápido: en pocos minutos está volando como si hubiera nacido en el aire.

—Entonces me convierto en héroe y salvo a la gente.

Nada que ver. Ya dije que no es ese tipo de historia. En este cuento no hay hazañas, hay amor. Porque Federico está loco por Rocío, una chica que tiene los ojos más lindos del mundo, sólo que es muy tímido y ni siquiera se atreve a hablarle.

Pero todavía no llegamos ahí. Estábamos en que Federico empieza a volar y el asunto le fascina. Como tiene miedo de que alguien lo vea y se arme un gran escándalo, espera a que oscurezca y se pone un impermeable blanco con capucha, para evitar ser reconocido. Con ese equipo sale a volar en el cielo estrellado (en fin, si está nublado es igual) y se acerca al edificio donde vive Rocío. Porque olvidé decirles que son vecinos y van a la misma escuela. En el bolsillo del impermeable lleva una flor de papel y la tira por la ventana de la habitación de ella, que está abierta.

—¿Y cómo sabía yo cuál era su habitación?

Bueno, lo adivinó. O tal vez la reconoció desde lejos, porque en la noche

uno puede ver dentro de las habitaciones iluminadas. No tiene importancia, en cualquier caso.

—¿Y por qué tenía la ventana abierta?

Porque hacía calor, obviamente. Ya basta de preguntar pavadas.

Lo que importa es que a la mañana siguiente ella encuentra la flor en el suelo y cree que se la ha traído el viento. La guarda entre las hojas de un libro, porque le gusta mucho esa flor de papel plateado hecha con tanta dedicación.

Federico, entre tanto, piensa todo el día en salir a volar. Las cinco noches siguientes vuelve a hacerlo, siempre con su impermeable blanco. Ya domina el vuelo completamente: es capaz de subir muy alto y bajar en picada o quedarse flotando en el aire, como quien hace la plancha. Se torna cada vez más audaz y por eso empiezan los rumores.

Es su madre quien se lo cuenta: el diario dice que los vecinos de Almagro, es decir, de su barrio, aseguran haber visto un extraño ser volador. Que para algunos era un extraterrestre y para otros un ángel.

—¿Cómo iba a ser yo un ángel si no tenía alas?

Bueno, la gente no se fija en detalles. Y sería bueno que se callara un poco el personaje, que no me deja pensar.

La madre también le cuenta que la mayor parte de las veces el extraterrestre ha sido visto sobre la calle Bulnes. Es decir, su calle.



MARIONA CABASSA.

Las noticias corren rápido y al día siguiente aparecen cantidades de periodistas con micrófonos y cámaras que quieren entrevistar a quienes hayan visto volar a este ser de otro planeta. También hay una multitud de chiflados que pretenden tomar contacto con el extraterrestre, algunos, y con el ángel, otros. Los vecinos de la calle Bulnes se vuelven estrellas: dan tres o cuatro entrevistas cada uno, donde exponen sus ideas sobre los extraterrestres, los ángeles y de paso también el clima y el gobierno, porque no pasa nada y los periodistas necesitan llenar el tiempo.

Aunque sabe que la situación se está tornando muy peligrosa, Federico vuelve a volar. Las dos noches que siguen encuentra otra vez la ventana de Rocío abierta. La primera, le deja una piedra azul que había encontrado una vez en la playa. A la siguiente, se arriesga más aún y tira por la ventana un papel cortado con forma de flor donde escribió la palabra *Rocío*. Lo ha hecho con la mano izquierda, para evitar que puedan reconocer su letra. En verdad le salió bastante mal y cuesta entender qué diablos dice el papel, pero él está satisfecho porque le parece que así escribiría un

extraterrestre, en caso de que escribiera.

Rocío, que está pidiendo tomar más participación en esta historia, queda muy sorprendida al encontrar estos objetos. Ya no cree que los haya traído el viento (obviamente, con la piedra era difícil), pero tampoco encuentra una explicación razonable, porque vive en el piso quince y parece improbable que alguien haya escalado el muro.

—¿Qué, soy tonta yo?

No, no es tonta. Ha oído hablar del extraterrestre/ángel y empieza a sospechar que de allí pueden venir los regalos.

Pero volvamos un momento a Federi-



MARIONA CABASSA.

co. Tras la última incursión aérea, está volando a su casa y ve que la calle está invadida de gente. Es que lo han visto nuevamente entre las nubes y ahora es la gran noticia nacional. Ya no sólo hay periodistas, locos y curiosos, sino también policías que lo buscan y científicos con lazos que pretenden atraparlo para investigar a gusto en sus laboratorios. Asustado, Federico se eleva a gran altura, para que nadie pueda verlo y durante mucho tiempo da vueltas por el cielo sin saber qué hacer. Está tan cansado que teme no poder seguir volando y estrellarse contra el asfalto. Entonces se acerca

al edificio de Rocío (ya les dije que es muy alto), ve que no hay nadie allí y aterriza en la azotea.

Encuentra una escalera y empieza a bajar, hasta el piso quince. Aunque no sabe qué le dirá, está decidido a tocar el timbre de la casa de ella. Porque Federico está cansado. No sólo de volar, sino del ritmo de esta historia. Ya se puso impaciente y quiere saber si al final va a poder acercarse a Rocío, besarla y sentir que huele a flores. O tal vez a césped recién cortado.

Pero no va a ser posible, porque ya decidí que Rocío no está.

—¿Cómo que no está? Tiene que estar.

Nada de *tiene*. Aquí la autora soy yo: Rocío no está y punto. Enojado, él tiene que irse y camina muy lentamente hacia su casa. Ya se ha quitado el impermeable y lo lleva doblado bajo el brazo. Cuando llega ve que la multitud sigue esperando que algo suceda en la calle Bulnes.

Y entre ellos, ahora sí, está Rocío. Haciéndose el tonto se acerca y le pregunta qué pasa.

—Quieren atrapar al ángel —dice ella, angustiada—. Y yo no quiero que lo atrapen.

—No te preocupes —le contesta él—, no van a atraparlo porque se fue para siempre. Y no es un ángel, es un extraterrestre. Yo estuve con él.

Empiezan a caminar juntos. Él le muestra el impermeable y le dice que el extraterrestre lo usó para que no se viera su piel verde.

—Estaba enamorado de vos. Me lo dijo. Te vio y quedó flechado.

Ella asiente con la cabeza y le cuenta sobre los regalos que entraron por su ventana. Federico va inventando anécdotas de los supuestos encuentros que mantuvo con ese ser extraño. Hasta que ella se empieza a aburrir. Porque Rocío como personaje ha resultado tener mucho más carácter que Federico: ya se dio cuenta de cómo son las cosas de verdad y quiere pasar a la acción.

—¿Pero cómo? El protagonista soy yo.

Ya basta con las interrupciones. Decía, entonces, que cuando se detienen en un semáforo, Rocío lo toma de un brazo y lo besa largamente. Le parece que sus labios tienen sabor a nube. Y Federico siente que ella huele a cerezas (cambié de idea sobre el césped recién cortado). Sabe que ya no va a poder volar, pero no le importa. Porque ahora cree que besarla es casi mejor que un vuelo en picada.

Después empiezan a alejarse. Les digo que los necesito un poco más, porque a los lectores les gustaría una escena de amor más larga, pero no hay caso. Ya ven cómo son los personajes cuando uno les da un poco de libertad: se creen dueños de la historia. Me dicen que los lectores son problema mío. Que quieren estar solos.